

LA PROVINCIA DE HEREDIA

Apuntamientos Geográficos

POR EL PROFESOR
LUIS DOBLES SEGREDA 1890-1950

Contribución al homenaje con que se celebró el
Bicentenario de la Erección del Primer Curato en Heredia.

Heredia, 19 de Julio de 1934.

1934
IMPRENTA Y LIBRERIA LEHMANN
SAN JOSÉ, COSTA RICA



El Combate de la Trinidad

El 22 de Diciembre próximo se cumplirán 77 años de haberse iniciado con el combate de la Trinidad, la serie de sorpresas que hábilmente dirigidas y llevadas a feliz término por un puñado de valientes desarrapados, al mando del Teniente Coronel Barriller y el Sargento Mayor Máximo Blanco, llevaron a cabo la gloriosa empresa de apoderarse de la línea del Tránsito, que cerró al filibusterismo la entrada en Centro América privando a Walker de la arteria principal que alimentó por más de un año la invasión filibustera de 1856 a 1857. Como tan magna obra se realizó en el término de quince días contra un guerrillero audaz cuyos éxitos en la vecina república de Ninaragua le dieron ocasión para escalar el elevado puesto de Presidente de esa República, bueno es que paremos mientes en ese primer encuentro en la Trinidad que marca el derrotero de sorpresas con que Costa Rica echó del suelo patrio la más seria amenaza a la estabilidad de sus instituciones republicanas y a su vida autónoma de orden y libertad.

La relación detallada de esta campaña de quince días, al finalizar el año de 1856, la describe el Presbo. Rafael Brenes con la imparcialidad que acredita a un sacerdote católico que rinde culto a la verdad y que tenía sobrados motivos de resentimiento contra el Presidente de Costa Rica don Juan Rafael Mora, quien desató el espíritu público de Centro América contra el enemigo común que se proponía despojar a los legítimos poseedores de sus tierras y gobierno propios para implantar en nuestro suelo las odiosas prácticas de los esclavistas americanos.

Dice el citado capellán del ejército que la vanguardia al mando del Sargento Mayor don Máximo Blanco y del Teniente Coronel Bariller se componía de 200 hombres de tropa, cuyo Estado Mayor lo formaban el Teniente Coronel don Joaquín Fernández, los capitanes Mr. Spencer y Mr. Canty y el Médico don Carlos Moya. Esta vanguardia reclutada rápidamente entre los restos de la gente de armas que habían sido atrozmente diezmados en los combates de Santa Rosa y Rivas y la desoladora peste del cólera morbo que había llegado a Costa Rica por más de tres meses, salió de San José el 3 de Diciembre de 1856 con dirección a San Carlos acampando en Alajuela, Grecia, Laguna, Mancos, Peje y San Carlos, venciendo *los inconvenientes* de una vía intransitable, combatidos por las torrenciales lluvias y por los obstáculos naturales de los campos deshabitados donde el labriego apenas suele abrirse paso en esas lóbregas montañas.

El caudillo filibustero William Walker que tanto empeño puso en desprestigiar la gloria de nuestros soldados, refiriéndose al camino entre San José y San Carlos en aquella época, dice en el Capítulo XI de su obra «La Guerra de Nicaragua»: «La marcha resultó muy difícil por las condiciones del terreno que fué necesario atravesar, porque la región comprendida entre San José y San Carlos está enteramente desierta y carece en absoluto de medios de subsistencia. El camino seguido por Mora no era más que un sendero y sus soldados tenían a veces que abrirse paso con los machetes por dentro del monte muy espeso. El resultado de la marcha dependía totalmente del buen éxito de los esfuerzos de Spencer para apoderarse del Río San Juan y de los barcos que viajaban en él.»

Todos estos inconvenientes del camino demoraron la marcha de la expedición once días hasta alcanzar el punto donde empezaba la navegación del Río San Carlos. El 14 de Diciembre la vanguardia en referencia se hizo a la vela en trozos de madera labrados a golpe de hacha y machete, y con marinos *improvisados* que formaron la flotilla con que el Mayor Blanco acometió la atrevida empresa.

La flotilla en columna dirigida por don Francisco Alvarado Mora que la había acondicionado para el caso, navegó durante varios días en el río San Carlos, venciendo todos los inconvenientes que se presentan en un río cubierto de remansos y donde las penalidades de la navegación parecían no tener término.

«Cuando la flotilla desembocó en el caudaloso río San Juan, nuestras circunstancias cambiaron, dice el cronista de esta hazaña; «sus apacibles aguas alejaban los peligros de un naufragio y ya nuestros *navíos recobraban la calma*. Este caudaloso río presenta al viajero una vista pintoresca cuyos prolongados tablazos de azuladas aguas forman a manera de anchas y hermosísimas calles por donde podían caminar apareados holgadamente treinta buques comunes. Una embarcación iba a la vanguardia para dar aviso en las vueltas del río, en caso de divisar alguna embarcación del enemigo.»

Así navegaron aquellos valientes acampando en las riberas del San Juan durante varias noches hasta llegar al frente de la Trinidad, islote que queda en la desembocadura del río Sarapiquí cuando este río desagua en el San Juan.

«Embutida en el estero de Colpachí la flotilla, prosigue el Presbo. Brenes, «esperamos la noche en la cual debía pasar por allí el vapor del enemigo.»

Nadie saltó a tierra: allí pasamos la noche del 21, bajo una lluvia que caía a torrentes hasta que Dios envió la luz. ¡Qué noche! Hambrientos, empapados y casi desnudos: nadie llevaba segundo vestido, ni calzado: los víveres agotados e inutilizada la mayor parte del parque, no quedando de éste en buen estado, sino el que en las cartucheras habían conservado nuestros soldados de línea. ¡Triste situación!

Serían las ocho de la noche cuando pasó el vapor del enemigo que de San Juan se dirigía al gran lago de Granada. A su vista nuestros candorosos soldados exclamaron: ¡Pos hombre, qué bonito es el guapor: ¡Cuánta candelita! ¡Parece un monumento! Frases que celebró mucho el Estado Mayor.

Favorecidos por la oscuridad de la noche y el ramaje de los árboles de la orilla del río, no fuimos descubiertos por el enemigo».

Aludiendo a este pasaje, advierte el caudillo Walker: «los pasajeros del vapor vieron unas balsas sospechosas que venían flotando por la boca del San Carlos, y Emilio Thomas, hombre cuidadoso y discreto, conocedor del país y de sus habitantes, aconsejó averiguar lo que significaba aquel hecho extraño. Algunos han querido echar a Rogers toda la culpa de que se dejara de seguir el consejo de Thomas y no faltaron personas que atribuyeron la negligencia a un propósito deliberado; pero cualesquiera que hayan sido los pecados anteriores de Rogers, es preciso reconocer que sirvió la causa de Nicaragua con una rectitud de miras y una actuación tan honrada, que debieron haber avergonzado a los que hablaron mal de él. Y aquella vez iban a bordo del vapor oficiales obligados por su profesión a averiguar lo que significaban las balsas, siendo así que

esto no tenía nada que ver con el cargo servido por Rogers, ni con las órdenes que llevaba. La responsabilidad de no haber hecho caso de las balsas debe recaer sobre otros y no sobre el Sub. Srio. de Hacienda».

El Presbo. Brenes continúa su narración así: «Varió el tiempo, rompieron los vientos del Norte al amanecer y apenas Febo apareció, se ocupó la gente, ya en tierra, en hacer fogones, secar la ropa, limpiar sus armas y calar bien sus bayonetas; mientras tanto el Jefe, los extranjeros (Spencer y Canty) y los Alvarados fueron a explorar el campo del enemigo que se encontraba a una milla de distancia. Volvieron, se formó el plan de ataque y sin pérdida de tiempo salimos en marcha por la montaña como a las diez de la mañana, dejando la flota y los enfermos al cuidado de un oficial Ramírez.

Cuando hubimos llegado cerca del campo enemigo, se hizo alto: se formaron tres columnas, derecha, izquierda y centro, esta última compuesta de treinta hombres y, de los oficiales don Francisco y don Jesús Alvarado, don José María Rojas, don José Solano, don Ramón Campos, y don Francisco Echandi. En tan supremos momentos ví palidecer a todos mis compañeros, por supuesto que yo en cuenta: sólo en mi Santa Religión que con orgullo profeso y confieso, encontré un consuelo; invoqué el auxilio de la Santísima Virgen y alentado por ésta, exhorté, con permiso de mi jefe a todos aquellos valientes, manifestándoles: que reparasen en el inminente peligro en que nos hallábamos: que tuviesen fe en el triunfo que sería su gloria: que ninguno volviese las espaldas, pues mejor era morir con honor en el combate que no de hambre o presa

de las fieras en aquellas lóbregas montañas. Terminadas mis pocas, pero enérgicas palabras, marchamos siguiendo ya al mayor Blanco.

No debo omitir aquí citar un hecho importantísimo que ocurrió entre los soldados antes del combate. Don Joaquín Fernández durante la marcha, había ofrecido a nombre del Gobierno, el premio de \$ 500.00 al soldado que mejor se distinguiera por su valor. Esta oferta despertó el estímulo y casi todos creían que serían acreedores al premio: yo, decía uno, me ganaré los \$ 500.—No, que seré yo, —decía otro. A ninguno sino a mí, repetía otro, tocará el premio. ¡Hermosa y digna disputa! Ya veremos el resultado.

El campo del enemigo era una explanada cubierta de platanillo y a su sombra se colocaron las columnas en sus respectivas posiciones.

Averiguado por el Mayor Blanco que los filibusteros estaban distraídos alrededor de una mesa, mandó cargar al frente y a la voz de «¡Viva Mora!» se rompió el fuego con tanto denuedo de parte de nuestra gente, que estrechado el enemigo, muerto el centinela y tomado el cuartel por la columna del centro no quedó a los filibusteros más recurso que el frente del San Juan; pues aunque tenía la artillería al costado izquierdo, el Sargento Joaquín Aguilar de Heredia, atrevido como un león, se apoderó de ella en los primeros momentos del ataque.

Tal fué la bravura de nuestra vanguardia, que el oficial don Dionisio Jiménez (a) «Mata Viejas» fué necesario que recibiese de nuestra parte un sablazo en la cabeza para que su espada no se tiñese más en sangre filibustera.

En cuarenta minutos fué dueño el Mayor Blanco de la Trinidad, punto importante porque domina

las aguas del San Juan y del Sarapiquí. Casi todos los filibusteros que allí se encontraban perecieron en esta acción, pues los que no murieron a manos de nuestros soldados, se arrojaron al agua y se ahogaron en número de más de 60 hombres, y sólo se salvaron 6. De nuestra parte sólo hubo 2 heridos. Cuando tuvo lugar este encuentro, llevaba nuestra gente dos días de no comer, y como se encontrase el rancho del enemigo bien surtido, tuvimos en seguida un banquete. Era la una de la tarde del 22 de Diciembre.

Como era natural, el Mayor Blanco, inmediatamente después del combate y en presencia de todos, declaró: que el premio de \$ 500, ofrecido por el señor Fernández, pertenecía en justicia, al Sargento Joaquín Aguilar; pero hasta ahora este valiente soldado está esperando el cumplimiento de tan sagrada promesa." A esta relación del cronista costarricense, agrega el historiador Montero Barrantes en el folio 51 de sus Elementos de Historia de Costa Rica": "El valiente a quien se refiere el narrador no se llamaba Joaquín, sino Nicolás y era vecino de Barba. Casi treinta años después de los procesos a que se hace alusión en este relato, el señor Aguilar hizo seguir una información *ad perpetuam* para probar su identidad como autor del hecho apuntado y pedir que se le diesen los \$ 500 ofrecidos.

Hemos transcrito fielmente los documentos referentes a esta hazaña de Nicolás Aguilar de Barba, porque creemos servir a la causa de la justicia divulgando el nombre de este sencillo ciudadano acreedor a los honores que le tributen sus paisanos ya que a su arrojo y valentía en el combate de la Trinidad se debió el buen éxito de la gloriosa jornada

de la "Toma de los Vapores", que como ya expusimos, cerró definitivamente la entrada en Centro América a las expediciones militares filibusteras que amenazaron instalar en nuestro istmo la odiosa institución de la esclavitud.

Toca a las generaciones actuales la misión de honrar la memoria de quienes empeñaron sus esfuerzos en legarnos una patria independiente, atenta a empuñar el arma en defensa de la justicia, del progreso y de la libertad. Si la sangre de nuestros *padres* tiñó el suelo de nuestro terruño por garantizarnos el disfrute de los beneficios del trabajo y del bienestar social, hemos nosotros de conservar incorruptos esos propósitos como manifestación de que sabemos apreciar en su merecido valor los sacrificios de nuestros padres, poniendo así en práctica la más sagrada virtud de un buen ciudadano: la gratitud filial.

Cuando vemos, en los momentos de peligro en que la patria llama a sus huestes libertadoras, a alistarse en sus filas gentes sencillas del pueblo que no vacilan en sacrificar las comodidades domésticas y su propia vida por conservar sin manchilla la bandera de nuestra independencia, no dudamos en afirmar: Costa Rica merece ser libre porque cuenta para conservar su autonomía con la sangre valerosa de sus Nicolás Aguilar y sus Juan Santamaría, soldados que transitan a nuestro lado anónimos y que sólo se destacan cuando el peligro los reclama.

Heredia, Octubre 12 de 1933.

TRANQUILINO SÁENZ